

DE LAS TERMAS AL EXCUSADO. 1

Una historia de la vida privada a través del desarrollo del baño.

Roberto Goycoolea Prado

Subdirector de Estudios de Arquitectura.
Escuela Politécnica, Universidad de Alcalá

En general, el término ciudad denota tanto una organización concentrada e integrada de la sociedad como la escena física donde ésta se desarrolla. La ciudad sería, entonces, la materialización de las concepciones y relaciones sociales que posee una cultura determinada en un tiempo específico. Desde esta perspectiva, la transformación formal y espacial de la ciudad occidental, en su lento discurrir desde la comunitaria y limitada *polis* griega a la individualista e ilimitada *megalopolis* contemporánea, reflejaría una transformación paralela en las concepciones y relaciones sociales en la cultura occidental. Esto es lo que se pretende demostrar en la ponencia propuesta, analizando uno de los espacios donde, a nuestro entender, mejor se refleja el paralelismo señalado: Los espacios para la higiene. Siguiendo su historia observamos que en dos milenios occidente ha pasado de una concepción pública y lúdica del baño, caracterizada en los magníficos conjuntos termales romanos —el espacio arquitectónico y socialmente más importante de la ciudad—, a una visión individual y púdica, materializada en los privados baños de nuestras viviendas, el espacio arquitectónico y socialmente más discreto de la urbe.

Introducción



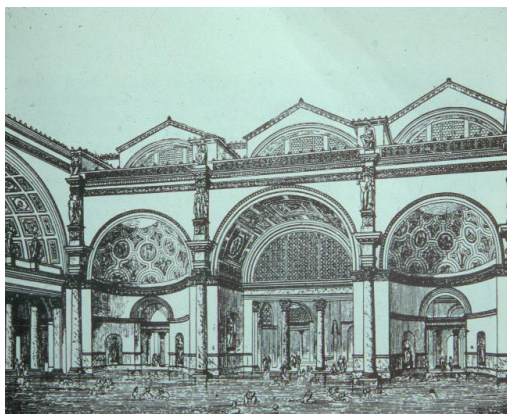
Preocuparse por las de las acciones relacionadas con la higiene corporal es algo exclusivo de los pueblos sedentarios. En los pueblos nómadas y en los pequeños asentamientos humanos la evacuación de desechos y aguas no es un inconveniente porque el medio puede reciclarlos para su propio beneficio. Sin embargo, estas mismas actividades constituyen un importante problema al aumentar la población, debiendo generarse diversos equipamientos destinados a controlar las funciones higiénicas y evitar así indeseados focos de infección.

Los primeros espacios para la higiene conocidos en Occidente son los restos de un baño para viajeros en el palacio de Cnosos. En Delfos y Olimpia quedan restos de un baño público del siglo V, cuyo uso estaba asociado tanto a actos rituales, medicinales como atléticos. Con el tiempo todas las ciudades helenas contaron con este tipo de equipamiento. Pero fue un mérito romano dar a los baños una dimensión social y arquitectónica desconocida en la antigüedad y, probablemente, nunca igualada.

¹ Para la revista *BIS*.

Resumen de la conferencia impartida en la librería *El Buscón*, 09/02/2001, dentro del Ciclo de Conferencias organizado por la Sociedad Libre para la Difusión del Saber.

Roma



La ciudad romana se caracterizaba por tener una considerable clase ociosa. Estar ocioso en Roma era un mérito a desarrollar, que se oponía a la obtención de beneficios mediante el uso de la fuerza física como elemento de trabajo. A parte de los privilegiados patricios, muchos ciudadanos disponían de envidiables cantidades de tiempo libre como consecuencia de una familia extensa protectora, una clase trabajadora con un importante componente de esclavo, prebendas militares y políticas, y una estructura productiva orientada al consumo más que

a la acumulación. Política y socialmente, un amplio número de ociosos puede ser peligroso si sus aspiraciones no coinciden con las del estado. Para evitarlo, la administración romana creó diversas instituciones que ocuparan y controlaran a los ociosos. De todas las entidades fundadas, los baños públicos son la máxima expresión de un establecimiento destinado a ofrecer el mayor número de posibilidades en donde utilizar el tiempo libre. Además de los espacios para la higiene, las termas, albergaban todo tipo de actividades: de gimnasios a jardines, de comedores a bibliotecas. Los primeros baños conocidos con estas características datan del siglo II a. C. en Pompeya. Un siglo más tarde, Agripa inició en Roma lo que se puede considerar una auténtica arquitectura termal. A partir de él, todos los Emperadores que permanecieron en el poder el tiempo suficiente como para realizar obras, ampliaron o construyeron una terma. El cuidado puesto en ellas, llevó a que se convirtieran en la institución más significativas de la vida ciudadana. De mediodía a la puesta del Sol, por módicos precios y a veces gratuitamente, ciudadanos de sexos, edades y condiciones diversas, podían compartir el día en un lujoso edificio, refrigerado en estío y templado en invierno. Según las crónicas conservadas, la estancia en las termas era fascinante: “Baño, vino y Venus desgastan el cuerpo pero son la verdadera vida”, reza un proverbio de la época

Las termas más monumentales y perfectamente concebidas fueron las construidas por Caracalla a comienzos del siglo III de nuestra era. Urbanamente ocupaban un solar privilegiado con vistas al Estadio y al Palatino. Para darles un acceso digno se construyó la *Vía Nova*, una calle porticada monumental que conducía a una plataforma de 350 metros de lado, en cuyo centro estaba el imponente edificio termal. En sus 220 por 114 metros, albergaba las salas típicas de toda terma (*frigidarium*, *tepidarium* y *caldarium*) y un sin fin de salas para masajes, unciones y secado, salones de reunión, *cenatios*, bibliotecas y amplios corredores para pasear. El lujo interior deslumbraba; por ejemplo el *frigidarium*, tenía coloridos suelos de mosaicos, paredes recubiertas de mármoles jaspeados, hornacinas con estatuas y sendas columnatas laterales de granito rosa. Rodeando el edificio central estaba el gran *peribolo*, un espacio abierto derivado de la palestra griega destinado al paseo, la conversación y la gimnasia. Y con el fin de no perturbar a los termistas, la compleja infraestructura de servicio, que incluía de acueductos y alcantarillados a lavanderías y cocinas, y el trajinar constante del ejército de esclavos requeridos para hacer funcionar el complejo termal, se encontraba en el sótano, a cuyas galerías se accedía por entradas subterráneas independientes.

Además de las termas, para resolver las funciones higiénicas más apremiantes, existían en las ciudades romanas numerosas letrinas situadas en las calles principales y en las *insulae* de mayor tamaño. Sólo unos cuantos privilegiados contaban en sus *domus* con agua corriente suficiente como para tener un sistema de termas y letrinas eficiente.

El mundo islámico



El hecho de que gran parte de las ciudades islámicas surgieron de fundaciones romanas, llevó a que se conservaran muchas de las costumbres de las urbes imperiales. Una de las instituciones que tuvo más permanencia fue la de los baños públicos; aunque paulatinamente se adaptarían a la doctrina del Corán y a las influencias culturales orientales.

La función de los baños en el mundo islámico es tanto social como religiosa. Socialmente, es un lugar de encuentro e higiene. Ritualmente, los baños se contemplan como una extensión de la mezquita, donde los creyentes, estrictamente separados por sexos, deben efectuar al menos una de las abluciones diarias preceptivas para la purificación del cuerpo y el espíritu. En comparación con la monumentalidad de las termas el baño islámico, producto de una concepción más introspectiva de la vida y la religión, es urbana y arquitectónicamente más discreto. Ya no es el gran edificio sino una sucesión de pequeños establecimientos, que, como toda la arquitectura

islámica, evitan la ostentación exterior. Interiormente, las grandes estancias fueron sustituidas por ambientes más sutiles y sensuales. El espacio principal es la sala de vapor, el *hamman*, que da nombre al conjunto. Su suelo es de mármol y bajo él genera directamente el fuego que lo calienta y sobre el cual se vierten aguas perfumadas para su evaporación. Por tradición, el *hamman* se cubre con una cúpula de ladrillo con respiraderos, que sirven también de iluminación cenital. Los deportes fueron sustituidos por refinadas técnicas de masajes y la palestra reemplazada por espacios destinados a la lectura del Corán y al disfrute de la música y la poesía, caracterizados por una atmósfera de luces tamizadas, paredes coloridas y aires saturados que invitan al relato y la conversación, tal como aparece maravillosamente descrita en *Las mil y una noches*.

En la ciudad islámica, como en la romana, sólo unos pocos notables disponen de un *hamman* particular. La viviendas común no dispone de agua corriente ni de espacios específicos para la higiene; a lo más hay letrinas en el fondo del patio o bacinicas que se vierten directamente en los jardines o en las acequias y albañales públicas.

El mundo medieval



En la larga Edad Media la cultura del baño se transforma de la mano de los grandes cambios políticos, religiosos y filosóficos que caracterizan a esta época. De manera general, se debe distinguir entre el baño de las regiones septentrionales y el de la cuenca mediterránea. El norte de Europa, donde la influencia romana y musulmana fue mínima o no existió, se desarrolló un tipo de baño más ascético, personal, y menos licencioso en sus costumbres: la todavía popular sauna. Ibrahim ben Yacub, un geógrafo y diplomático que visitó Sajonia y Bohemia

en 973, comenta que “en la mayor parte de las aldeas, la estufa, señalada por la muestra de un haz de ramas frondosa, funcionaba algunos días por semana” (Duby 1992, IV, 291). En el sur, principalmente por la mayor influencia oriental, se conserva la tradición romana de los baños públicos. Pero, en un proceso paralelo a la desintegración del sistema urbano derivado de la caída del Imperio Romano de Occidente, los baños pierden su esplendor social y arquitectónico para centrarse en la función higiénica, distinguiéndose tres tipos claramente diferenciados:

- a) Gran parte de las ciudades mediterráneas siguieron contando con baños públicos; pero convertidos en establecimientos que, regentados directamente por su propietario, no tienen ninguna significación espacial. Incluso era normal que se acondicionaran en precarias construcciones al aire libre o compartiendo el solar con una taberna del mismo propietario. Esta relación refleja el carácter eminentemente social y recreativo que tenían los baños para el pueblo, que disfrutaba asistiendo a ellos. De partida, los conceptos morales asociados al baño eran menos rígidos de lo que cabe esperar de una sociedad religiosa; eran mixtos y se acostumbraba tomarlos con toda la familia. Al menos como práctica urbana, “cuando la gente iba a bañarse se desnudaba en su casa, por lo que en los callejones era común ver caminando al padre de familia portando únicamente unos calzoncillos, acompañado de su esposa e hijos desnudos o cuando más, vestidas con unos calzoncillos raídos, corriendo a bañarse” (Duby 1992, II, 56). “La hospitalidad y la sociabilidad favorecían los rituales del baño, por ejemplo, el de los vendimiadores o el que toman juntos, la víspera de las bodas, el novio con sus compañeros de juventud, y la novia con sus amigas” (Duby 1992, IV, 290).
- b) Entre los nobles el baño también es un acto comunitario, pero limitado a sus pares. Los austeros castillos no disponían de un lugar específico para bañarse, aunque por razones prácticas se realizaba en la habitación donde se calentaba el agua, normalmente, la cocina. Los baños se tomaban en tinas de madera, amortiguadas con un lienzo sumergido y llenadas y achicadas a mano. El agua contenía plantas olorosas, según una receta de Galeno, y, en ocasiones especiales, se rociaba al bañista con pétalos de rosa. Era común que el baño se tomara acompañado de uno o más personas en otra o en la misma bañera, y no era extraño que el castellano con su mujer agasajaran a un invitado con ricas viandas en un baño común. Pese a lo atractivo de estas imágenes, no quiere decir que bañarse fuera algo frecuente. Según Georges Duby (1992, II 52), los caballeros “acostumbran a bañarse de cuerpo completo, tres y hasta cuatro veces al año”, si bien era común lavarse la cabeza en privado.
- c) Los monasterios solían tener espacios específicos para letrinas y baños, aunque no contiguos. Bañarse era una práctica disciplinar, que llegó a prescribirse con periodicidad. Los baños se tomaban en bañeras individuales localizadas en un espacio común. Normalmente se utilizaba agua caliente macerada con hierbas medicinales, pero, en caso de penitencia o para “enfriar las pasiones” de los monjes jóvenes, se prescribían con agua fría (Duby 1992, II, 52).

La modernidad



La mayor privacidad de los baños de los nobles y religiosos, anuncia lo que será la característica fundamental de la cultura moderna del baño. A lo largo del siglo XVI y de modo más decidido en el XVII, una serie de factores sociales y religiosos llevó a que lentamente desapareciera la naturalidad en la desnudez del cuerpo. Bajo el espíritu de la Reforma y la Contrarreforma se desaprueban los baños públicos por indecentes: “cuerpos impúdicos o cuerpos inocentes, todos ellos se cruzan y se

ofrecen en espectáculo; el individuo se ve allí escrutado, tasado, deseado, seducido” (Duby 1992, IV, 291), y por inmorales, debido a las actividades contrarias a las buenas costumbres que promovían. En esta época, los nombres de *stews*, *bagnio*, *dordello* y *burdel* cambiaron su significado, adquiriendo el que conservan hasta nuestros días (Soto, 1992: 58).

Esta moralidad individualista y púdica, provocó una disminución del número de establecimientos dedicados a la higiene pública, que tuvo diversas repercusiones: desde la pérdida de lugares de intercambio social a un aumento del hedor de las personas y las ciudades. Es el periodo donde la negligencia sobre el cuidado del cuerpo llegó al nivel más bajo conocido en Europa, con un aumento importante de las enfermedades infecciosas. La calle, como cualquier otro lugar, fue considerado apto para tirar las aguas sucias y realizar las evacuaciones naturales. Incluso, un humanista tan refinado como Erasmo de Rotterdam (*Muerte de la Civilidad Pueril*, 1527; en Soto 1992: 57), no consideraba reprobable esta última costumbre; recomienda, eso sí, que “al encontrarse con una persona conocida en la calle, al momento que ésta hace sus necesidades, la delicadez manda no saludar a quien se encuentra en tal situación”. Cabe señalar, eso sí, que ante esta poco higiénica situación diversos pensadores comienzan a plantearse como solucionarlas. Leonardo da Vinci (*Códice Atlántico*), por ejemplo, da una serie de indicaciones para evitar que la ciudad se convierta en una gran letrina: propone un sistema global de alcantarillado subterráneo, acequias de limpieza en superficie, y recomienda que no se dejen rincones curvos ni lugares apartados de la vista de los paseantes, para evitar que la gente haga en ellos sus necesidades.

La moderna concepción privada de la higiene, fue alentada también por la corte y la burguesía, que con estos usos intentaban diferenciarse del populacho. En la rica mansión burguesa cada uno se desnuda y baña en un cuarto privado. Según una crónica del siglo XVI: “En casa de Anton Tucher de Nuremberg, el amo pasa de su habitación a una pequeña pieza en la que se desnuda, donde se ha instalado un balde cerca de una estufa de latón sobre un suelo enlosado cubierto de listones de madera,” (Duby 1992, IV, 290)

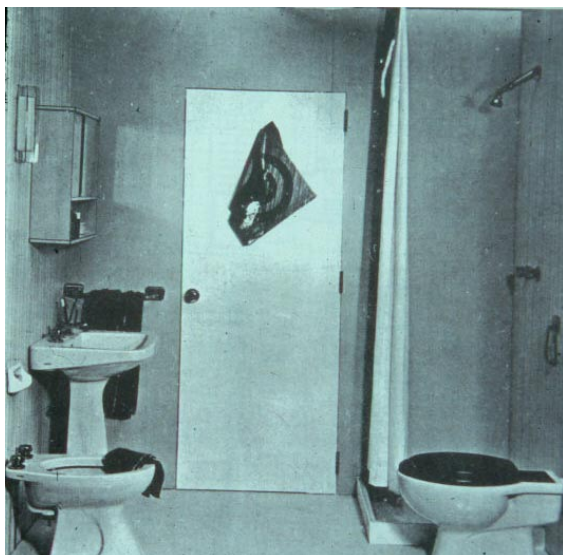
En la primera mitad del siglo siguiente se introduce en las cortes europeas el sillico, un retrete portátil que alejó a los nobles de las fétidas letrinas comunes. Con el sillico surgen las primeras expresiones modernas del cuarto de baño, que comenzaron a ser altamente apreciados. En una escatológica carta de 1694, la Duquesa de Orleans comenta a la electriz de Hannóver sus penas por no disponer de un baño privado: “Sois muy dichosa de poder cagar cuando queráis: ¡cagad, pues, toda vuestra mierda de golpe! [...] No ocurre lo mismo aquí, donde estoy obligada a guardar mi cagallón hasta la noche; no hay retretes en la casa [...] por consiguiente, la molestia de tener que ir a cagar fuera me enfada, porque me gusta cagar a mi aire, cuando mi culo no se expone a nada. Ítem todo el mundo nos ve cagar;

pasan por allí hombres, mujeres, chicas, chicos, clérigos y suizos [...] Ya veis que no hay placer sin pena, pues si no tuviera que cagar estaría en Fontainebleau como pez en el agua.” (Laporte 1978, 20)

Debido al costo de los baños privados, los públicos no desaparecieron del todo, pero ya no se ven como una institución social, sino como algo inevitable. El deseo popular era disponer de un baño propio. Lo que finalmente permitió cumplir este anhelo, fue una serie de inventos que sin interrupción van apareciendo desde fines del siglo XVIII. Primero se proponen diversos tipos de excusados e ingeniosos artefactos higiénicos, aunque muchos de dudosa eficacia. Con la extensión del agua potable y de fuentes económicas de energía, se inventarán e incorporarán a la vivienda, sucesivamente, el lavabo, el excusado, la bañera, la ducha y el bidé. De este modo se definirá el baño actual, probado en las cárceles hacia 1845 y popularizado en los hoteles norteamericanos a fines del siglo XIX, y cuya característica principal es construirse a partir de una concepción privada de la higiene. En este sentido, es todo lo opuesto a las termas romanas. No en vano, el lujo más sibarita de las mansiones actuales es disponer de un baño por habitación y otro para los invitados. Las características formales de este baño reflejan claramente la relación moral y funcional entre higiene y privacidad que se viene comentando: “Los problemas básicos en el diseño del baño, afirma un manual actual para arquitectos, están en lograr una óptima privacidad en todas las funciones para los diversos miembros de la familia [y en] cuidar la distancia entre los muebles para optimizar el espacio y las instalaciones hidráulicas y sanitarias.” (Fonseca 1991, 128)

En fin, el baño es hoy el santuario de la intimidad, en él sólo nos relacionamos con el mundo a través de eficientes y ocultas redes de servicio.

Coda



Desde la perspectiva de la investigación arquitectónica y de la sociología urbana, un estudio como el aquí resumido, permite profundizar en las, aún poco claras, relaciones que existen entre las concepciones filosóficas de una cultura determinada y sus manifestaciones sociales y espaciales. En nuestro caso; permite profundizar en las grandes repercusiones sociales y arquitectónicas que ha tenido para el modo de concebir y vivir la ciudad en occidente, transitar de una noción pública a una privada de la higiene y, con ello, pasar de la magnificencia urbana de las termas a la discreción arquitectónica del excusado.

Bibliografía citada.

- DUBY, Georges y Philippe ARIÈS (ed.), *Historia de la vida privada*. Vol. V: *Procesos de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII* (1985), Taurus, Madrid, 1992
- FONSECA, Xavier, *Las medidas de una casa. Antropometría de la vivienda*, Concepto, México, 1991.
- LAPORTE, Dominique, *Historia de la mierda* [1978], Pre-textos, Valencia, 1978.
- SOTO WALLS, Luis, *El diseño de lo privado. El baño*. U. Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco, México, 1992.